

REGRESAR DE OTRA FORMA: FRANCISCO AYALA Y SUS MEMORIAS DURANTE LA TRANSICIÓN

Giulia Quaggio

En mi segundo tomo de memorias [...] hablo de la mitificación y, sobre todo, la sentimentalización de nuestro exilio. Yo creo que es una circunstancia vital que afecta desigualmente a las personas, como tantas experiencias profundas. [...] Y luego, el concepto actual de exilio aparece ligado al nacionalismo. [...] Con la variedad interna de este país, no sé por qué va ser más exiliado o más desarraigado el andaluz que vive en Buenos Aires, Lima o México que el que va a Barcelona o a La Coruña, por no hablar del País Vasco (Entrevista a Francisco Ayala, «El País», 1 de diciembre de 1982).

Retornos físicos

Era invierno de 1960. Francisco Ayala, granadino residente en Nueva York, preparaba un viaje para el verano. No se trataba de unas simples vacaciones. Al contrario, sería aquel un viaje diferente a todos cuantos había realizado hasta entonces: la vuelta a España, el regreso a la madre patria con el que pondría fin a más de veinte años de exilio. El intelectual español había tenido que abandonar el país tras defender la legitimidad de la Segunda República. Dejaba tras de sí una larga estela de dolor y violencia que se había llevado por delante a tantas familias de uno y otro lado, incluida la suya. Francisco Ayala Arroyo, su padre, fue detenido en agosto de 1936. Lo fusilaron en octubre de ese mismo año junto al hermano más joven del escritor. En 1939, cuando finalmente Ayala logró embarcarse hacia La Habana desde Francia, se llevó consigo, además de a su mujer e hija, a dos de sus hermanos supervivientes. Uno de ellos era Enrique, rescatado del campo de concentración de Argelès-sur-Mer.

A pesar de esta dramática experiencia, la postura de Ayala en 1960 no era la de muchos otros exiliados cuya actitud oscilaba entre el escepticismo y la exaltación nostálgica. Muy por el contrario, Ayala sentía interés por volver a España y era grande su curiosidad por ver *in situ* «la ingrata patria»,¹ donde había sido despojado no sólo de sus bienes materiales, sino también de sus propios derechos como ciudadano, de la carrera académica y de su plaza de letrado de las Cortes. Ayala volvía siendo prácticamente un desconocido en la España franquista, un país que de forma ambigua y no sin contradicciones se encaminaba por la senda de las transformaciones económicas y tecnocráticas que iban a caracterizar la década que por entonces echaba a andar.

Como mucho, algunos españoles lo confundían con un profesor sudamericano, especialmente los más jóvenes, que lo conocían por su *Introducción a las Ciencias Sociales*, obra publicada por Aguilar en 1952, y que se utilizaba como manual académico en las universidades españolas.² Y, a pesar de tales antecedentes, a pesar del sufrimiento de la guerra y del exilio, el desconoci-

miento, lo más sorprendente que se podía decir del granadino era que regresaba desembarazado de cualquier rencor. Un rencor, por lo demás comprensible y legítimo, que sí afectaba, en mayor o menor medida, a muchos otros exiliados.

Gracias a la correspondencia del crítico de arte Damián Bayón, que acompañó a Ayala en aquel primer viaje de regreso a España, conocemos numerosos detalles de la peripecia.³ Desplazándose en un voluminoso Panhard, la familia Ayala cruzó la frontera francesa sin grandes trabas en junio de 1960 dirección San Sebastián. Desde la capital guipuzcoana se dirigió hacia Madrid, evitando en todo momento el Valle de los Caídos, que, curiosidades del destino, se inauguraba precisamente por aquellos días. Desde Madrid, el reencuentro con la madre patria continuó por Andalucía, hasta Granada, la ciudad natal del escritor.

Tres años más tarde de aquella primera y curiosa toma de contacto, el intelectual volvió, comprando esta vez una casa en Madrid e inaugurando así una serie de «regresos» desde Nueva York, en su mayoría estancias estivales, a través de los cuales Ayala fue explorando y consolidando en su fuero interno unas ideas sobre la posibilidad de que España se transformase en un régimen democrático. Al mismo tiempo, esos viajes sirvieron para intensificar el diálogo entre el exilio y los intelectuales del interior de España, dando a conocer simultáneamente el ideario de Ayala entre las nuevas generaciones. Este proceso fue decisivo para la recuperación de la figura del escritor durante la Transición.

En el curso de estos viajes «como observador silencioso»,⁴ el talante abierto, nada habitual en otros republicanos exiliados, que Ayala había mostrado desde el primer regreso, lejos de menguar, se reforzó. Antes de la guerra,⁵ la posición política del granadino no estaba lejos de la de Azaña, aunque la actitud pusilánime que, en su opinión, se adueñó del político republicano durante el conflicto, lo desilusionó. Después, en el exilio, Ayala no participó de forma activa en ninguna organización o grupo político.

Lo que sí hizo fue defender, a través de la escritura en todas sus formas, pero no con la lucha política, aquello en lo que más creía, esto es, la libertad absoluta del individuo frente al totalitarismo del color que fuese, si bien dentro de un orden riguroso y respetuoso de la colectividad.

De manera que, a diferencia de muchos otros exiliados,⁶ el retorno, o mejor dicho, los sucesivos retornos a España, no lo incapacitaron para asumir críticamente el presente a la luz del cambio. Antes bien, sirvieron para galvanizar aquel diálogo o puente liberal y cosmopolita, iniciado muchos años antes y reflejado desde finales de los años cuarenta a través de las páginas de la revista argentina *Realidad*,⁷ con los diversos componentes culturales y generacionales de la sociedad española.

Esta necesidad de comunicación no debía ser, sin embargo, excluyente. Como es notorio y como han demostrado excelentes estudios en los últimos años, Ayala mantuvo relaciones epistolares y de afectuosa amistad con diferentes intelectuales que estaban poniendo las bases de un nuevo escenario cultural y editorial en el interior de la España franquista. Nos referiremos a Dionisio Ridruejo, José Luis López Aranguren, Camilo José Cela o Pedro Laín Entralgo, entre otros. O lo que es lo mismo, al conocido como *grupo de Burgos*, de los falangistas «liberales» críticos con la actuación de Franco tras la guerra.

Por otra parte, es conveniente no olvidar que el compromiso intelectual antifascista y anticomunista de Ayala con la revista *Cuadernos para la Libertad de la Cultura* lo puso en contacto directo con una parte importante del mundo intelectual, en el exilio o no, que se oponía tanto a la dictadura franquista como a la disidencia comunista del interior de España.⁸

En una entrevista, inédita, de 1982 con la hija de Max Aub, Elena, el propio Ayala ofreció las claves de este precoz retorno a España a partir de los años sesenta:

No, no renuncié nunca [a España], porque... es el país que me interesa, al fin al cabo he nacido aquí y escribo en español y... lo que es un país es una cosa y el régimen es otra. Y tan pronto como el régimen empezó a... no ser tan opresivo... que fue por esas fechas, pues volví. [...] Tan pronto como pudo haber una relación, un contacto, yo nunca me negué a... al contacto con escritores o con personas de tipo intelectual de España. [...] Aunque fueran de derechas [...] porque una de las cosas más terribles que han ocurrido, más devastadoras, con esto de la guerra civil, es la polarización artificial.⁹

Así pues, la decisión de volver a España fue asumida aparentemente sin demasiadas vacilaciones: Ayala no quería ser ni se sentía un héroe, tampoco juzgaba su propio sufrimiento distinto o más excelso que el padecido por la mayoría de los españoles de dentro y fuera del país. Lo que no significaba que la complejidad política de aquella época no le provocase más de una frustración, como el escritor manifestó en privado a algunos amigos, por ejemplo, al crítico de la revista *Ínsula* e hispanista español de gran influencia en los Estados Unidos, Ricardo Gullón.

Sí, la guerra y el exilio lo habían marcado de forma indeleble, como sucede con las experiencias dramáticas y traumáticas de la vida, pero, en su opinión, se hacía necesario mirar al futuro, apartar la vista de un pasado definitivamente clausurado, precisamente porque se había levantado sobre las bases de una división artificial. Ayala ni siquiera acusaba a la colectividad o a específicos grupos sociales de la tragedia de la guerra. Para él, tan solo los individuos singulares, las personas, eran imputables. Lo que verdaderamente lo fascinaba, no era sino comprender con sus propios ojos la evolución de España, desde siempre su mayor preocupación.

De modo que cada uno de sus viajes de regreso era utilizado por el sociólogo como un instrumento privilegiado para analizar la vertiginosa transformación en curso y el progresivo debilitamiento de la polarización ideológica de la sociedad española. En su primer viaje, Ayala

no pudo más que constatar la situación deprimente que vivía el país. Por las deterioradas carreteras españolas circulaban pocos coches, la vestimenta de la gente revelaba la miseria imperante, la policía controlaba sin cesar los documentos de los transeúntes, los rostros de las personas reflejaban tristeza y cansancio, la pobreza parecía asomarse por todas partes.

Sin embargo, tras cada viaje, como describe en su ensayo *España a la fecha* (1965), obra censurada en la propia España hasta 1977, una conclusión se iba afianzando en el fuero interno del escritor: el proceso de una transición política hacia el régimen democrático se desarrollaría sin grandes perturbaciones.¹⁰ ¿De dónde le venía a Ayala tal certidumbre? Básicamente del contexto europeo. Dentro y, sobre todo, fuera de España, discurría Ayala, las cosas estaban cambiando y mucho. El impetuoso crecimiento del que se beneficiaba Europa tenía que acabar contagiando a la sociedad española. Los efectos del capitalismo fluido y voraz de la segunda mitad del siglo XX no solo se circunscribían a la estructura económica del país. Su ola expansiva llegaba hasta la esfera social y, en el caso español, eso implicaba la difusión de nuevos valores y, sobre todo, la consolidación de un deseo conservador de normalidad institucional.

El inevitable paso del tiempo y la prosperidad económica serían los verdaderos promotores —y no, o no tanto, la confrontación política— de la liquidación natural del régimen franquista, junto con una progresiva enervación ideológica de las diversas corrientes políticas. Ayala se mostraba optimista en su diagnosis: no había que temer una nueva guerra civil, ni siquiera tensiones irresolubles. Pues, como se podía observar en la actitud de las nuevas generaciones, incluidos los hijos e hijas de las familias franquistas, los jóvenes no se dejaban apresar por las dicotomías de la Guerra Civil, aspirando tan solo a vivir y trabajar en su propio país como sucedía en el resto de naciones europeas.

No es de extrañar que buena parte de la

oposición al régimen franquista, tanto dentro como fuera de España, criticase con dureza la lectura extremadamente pragmática de Ayala sobre la transición política. Por si fuera poco, el autor granadino se negó siempre a aplicar cualquier tipo de interpretación marxista, tan extendida por aquellos años, a los acontecimientos en curso y descartaba la posibilidad de un proceso drástico en términos de ruptura con el franquismo.¹¹

Ayala no respondió a las críticas que se le hicieron. Afianzó, en cambio, la estrecha relación que ya tenía con José Luis Cano, fundador con Enrique Canito de la revista «Ínsula» y uno de los principales artífices del puente cultural con el exilio, al tiempo que fue incorporando a su círculo de amistades a muchos de los jóvenes que, a menudo formados en el extranjero, estaban modificando la fisonomía social e intelectual de España. En la década de los sesenta, Andrés Amorós, José Carlos Mainer, Helio Carpintero o José R. Marra López prepararon con sus críticas académicas la integración editorial en España no sólo de Ayala, sino, en general, de la literatura republicana del exilio. Gracias a ellos, además, Ayala pudo entrar en contacto con la nueva realidad intelectual en ebullición del interior del país.

Por consiguiente, podemos concluir, siguiendo de cerca los argumentos del propio José Luis Cano,¹² que el retorno físico de Ayala durante el tardofranquismo no sólo desempeñó dos funciones complementarias, una analítica y otra dialógica, sino que también representó una forma de acción concreta, si bien indirecta, para el futuro democrático del país. De hecho, Ayala sentía que la vuelta a España le otorgaba solidez a su deseo de hacer algo práctico por la democracia de su país, aunque exclusivamente desde un punto de vista cultural y en ningún caso político. Pero para actuar del modo que fuese necesitaba estar presente física y moralmente en España. Por eso, Ayala decidió regresar antes que muchos otros exiliados. No ciertamente para dejarse utilizar de forma propagandística

por franquistas aperturistas como Manuel Fraga, cosa que sucedió, por ejemplo, con el filósofo exiliado Luis Recasens Siches, pero tampoco para ser glorificado por los grupos antifranquistas. Ayala aspiraba a poner las bases para la creación de una red de relaciones culturales, pragmática e ideológicamente pacificadas, entre quienes vivían en España y quienes estaban en el exilio.

Como sabemos por su correspondencia con otros exiliados –Max Aub, Juan Marichal o José Ferrater Mora–, en Madrid, Ayala se relacionaba con colegas y compañeros obligados a enseñar fuera y descontentos de la universidad franquista, como Julián Marías, Xavier Zubiri o el europeísta Carlos Clavería Lizana, director del Instituto de España en Múnich y Londres y el propio Enrique Tierno Galván,¹³ pero también con gente como Arturo del Hoyo, uno de los redactores de *Ínsula*, el poeta Jorge Campos, y todos aquellos jóvenes con curiosidad y ganas de ensanchar sus horizontes intelectuales.¹⁴ Ayala veía en el regreso a los quioscos españoles de *Revista de Occidente*, acompañado de un incremento en el número de publicaciones literarias y políticas, donde trabajaban o colaboraban muchos de esos jóvenes, una muestra notable de la transformación cultural en curso.

Todas estas personalidades, exiliados de filiación liberal, socialdemócratas opuestos al régimen, jóvenes cosmopolitas deseosos de normalidad política, falangistas convertidos en decididos antifranquistas, constituyeron las heterogéneas piezas del puzzle intelectual que forjó conceptualmente la peculiar visión de Ayala de la futura y necesaria transición política.

Retornos editoriales

La primera vez que Ayala regresó a España no traía en la maleta los libros que había escrito en el exilio para darlos a conocer a su público natural. Su talento de escritor era prácticamente desconocido en España a causa de la férrea cen-

sura franquista. Además de sus estudios académicos de Sociología, en 1954 se habían publicado, gracias a la ayuda del crítico literario y amigo Ricardo Gullón, cincuenta ejemplares de *Historia de macacos*, obra publicada un año más tarde en la *Revista de Occidente*. Pero la reacción del público español había sido prácticamente nula. Algo parecido sucedía con sus traducciones. Estas circulaban parcialmente, pero omitiendo el nombre del traductor. Solo en 1965, con la mediación de Cela, pudieron publicarse en España las primeras obras narrativas de Ayala: *El rapto* (Alfaguara) y *Mis mejores páginas* (Gredos). Es entonces, en la década de los sesenta y principios de los setenta, bastante antes de lo que sucederá con la mayoría de exiliados, cuando se produce la «operación» de recuperación intelectual de Ayala en territorio español.

Dicha operación fue propiciada por tres factores conectados entre sí, que resultaron fundamentales para que la rehabilitación del patrimonio cultural del escritor durante la Transición fuese un éxito absoluto. En primer lugar, Ayala se apoyó en editoriales jóvenes e innovadoras a la hora de publicar su obra ensayística y, más tarde, narrativa. Eran los casos de Taurus, fundada en 1954 y moderadamente crítica con el sistema, Gredos, que dio cobijo a más de un autor en el exilio, o Seix Barral para la obra de ficción de Ayala. Esta última editorial, refundada por Carlos Barral en 1955, tuvo un papel fundamental en la renovación y salida del ostracismo de la literatura española, además de promover el boom de la literatura latinoamericana en Europa. En segundo lugar, mantuvo contactos e intercambios con miembros de las nuevas generaciones del mundo cultural, académico y periodístico español. Estos jóvenes lo dieron a conocer por medio de entrevistas en *Ínsula*,¹⁵ a través de notas introductorias a sus libros y, en fin, actuando como intermediarios con la prensa de los últimos años de la dictadura. Cabe recordar, por ejemplo, la primera entrevista de Ayala en un periódico español, concretamente en *Pueblo*, que tuvo lugar en verano de 1969. El título

de la misma, «un exiliado sin ira», refleja bien el clima cultural que se estaba imponiendo en las instituciones oficiales.¹⁶

Un año más tarde, en el suplemento literario del propio *Pueblo* se publicó, con la mediación del crítico Dámaso Santos, una «Salutación a Francisco Ayala» con el propósito de dar a conocer y homenajear la figura del granadino. Firmaban la salutación, entre otros, grandes personalidades como Dámaso Alonso o Vicente Aleixandre, jóvenes escritores crecidos en el interior asfixiante de España, como Miguel Delibes y Carmen Laforet, e intelectuales como Paulino Garagorri, discípulo de Ortega y Gasset.¹⁷ Por otra parte, ya durante el verano de 1968, Ayala había protagonizado su primer acto público en España, que no fue otro que su participación en un curso de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Santander, presentando un texto sobre el componente sociológico en sus novelas. Estas entrevistas y artículos de primera hora, como el titulado «Ayala, de vuelta», obra de Helio Carpintero en 1970,¹⁸ nos muestran la forma en la que el regreso del exiliado era comprendido por las nuevas generaciones en términos de conquista democrática sin hipérboles ni excesos retóricos, además de representar un ejemplo de primera nivel de la cultura española contemporánea. Por mucho que persistiese la censura de algunos libros del escritor, caso de *La cabeza del cordero*, y a pesar de episodios como el acaecido en enero de 1972, cuando se prohibió sorprendentemente la presentación en la librería madrileña Rayuela de *Los ensayos: teoría y crítica literaria*, resulta evidente que durante la primera mitad de los años setenta, especialmente desde la concesión del Premio de la Crítica de Narrativa, en 1972, por *El Jardín de las delicias*, la reintegración física e intelectual de Ayala en el seno de la cultura española se estaba produciendo mucho antes que la del resto de exiliados.

Las razones de este fenómeno son múltiples. Seguramente, tuvo que ver su propia manera de ver la Guerra Civil, absolutamente privada de

rencos y poco propensa a caer en el sentimentalismo a la hora de tratar la experiencia del exilio, como se refleja una y otra vez en sus novelas y trabajos académicos. Esta visión resultó en ciertos aspectos afín, cuando no premonitoria, de las corrientes de pensamiento que acabaron imponiéndose en la esfera cultural durante la Transición.

En su obra, Edward Said explica que el exilio es una forma contemporánea tristemente difundida de castigo político: es un suceso secular, producido por algunos seres humanos contra otros seres humanos. Es una condición de abandono terminal que puede provocar un sentimiento exacerbado de solidaridad, una vehemente hostilidad contra los no exiliados, aunque con frecuencia estos últimos vivan dificultades similares. Resentimiento, miedo neurótico y un cierto masoquismo narcisista a menudo generan distorsiones, lealtades políticas exasperadas y una negativa pérdida de perspectiva crítica. Sin embargo, el exilio puede representar también una alternativa a las instituciones estatales que presiden la vida moderna. Los exiliados atraviesan fronteras, rompen barreras del pensamiento y la experiencia; están en condiciones de desarrollar una visión del mundo tan original como crítica, que no rechaza sin más los afectos natales pero que, en cualquier caso, reflexiona sobre los mismos, partiendo del supuesto de que todo el mundo es, en última instancia, complejo.¹⁹ Esto último lo sabía bien Ayala.

A él no le interesaba la división artificial creada en la sociedad española desde antes incluso de la guerra entre «rojos» y «fascistas». ²⁰ Según Ayala, más allá de los estereotipos reduccionistas, lo único cierto era que en cada uno de los bandos, tanto en el republicano como en el nacionalista, existían diferentes premisas y posicionamientos políticos divergentes, por no hablar de las naturales fluctuaciones del espíritu humano.

Había que dejar atrás tales construcciones fruto de la beligerancia y de una época de universal y dramática exaltación ideológica. La

Guerra Civil, en su opinión, no había sido más que uno de los muchos levantamientos que caracterizaban la historia de España, aunque trágicamente agravado por la intervención, en unos casos, o la ausencia de participación diplomática, en otros, de fuerzas militares internacionales. De manera que lo que a Ayala le interesaba del conflicto como escritor e intelectual era la reacción y las elecciones morales afrontadas por cada español ante un drama de inauditas proporciones. En una carta fechada en noviembre de 1983 y dirigida a la hija de Manuel García Morente, María Josefa García Morente, que estaba en desacuerdo con la descripción que en las memorias de Ayala se hacía de la conversión al catolicismo y a la filosofía tomista de su padre, el pensador granadino presenta con claridad su visión de la guerra:

[...] Todo lo relativo a nuestra desdichada guerra civil es doloroso, y yo he tomado el ejemplo de un hombre egregio y bueno como García Morente para poner de relieve el destrozo psicológico, emocional e intelectual que en almas tan sensibles como la suya tuvo que producir la catástrofe. Las circunstancias personales que usted menciona —asesinato de su marido y peligro de su padre— fueron las de muchos miles de familias españolas, y nada podría decirme usted que no sepa yo por mi propia experiencia. Considere usted que si presento «horrorizado» a su padre (¿acaso no lo estaba, y con motivo?) es para justificar el vuelco de su conversión, que algunos, o muchos, pensaron —y por cierto, quizá más en el lado franquista que en el republicano— ser un mero expediente de conveniencia.²¹

Para Ayala, la Guerra Civil había provocado azoramientos pasajeros y turbaciones irreparables en el espíritu de los españoles, alteraciones que tenían que superarse definitivamente con la llegada de la democracia. Ahora bien, la gran soledad que se cernió sobre aquellos que habían tenido que abandonar su patria no era mayor ni más dramática que la de aquellos que habían permanecido, por así decir, *intra muros*. Esta convicción lo condujo, precozmente, a reflexionar

sobre el exilio en términos desmitificadores. Por supuesto, esto no significa, como se ha querido dar a entender en ciertos casos, que la lectura de Ayala negase obscuramente al exiliado su condición, ni que fuese deudora de un cinismo o escepticismo extremo. Es muy probable que la mayor ambición de Ayala fuese la de superar la fractura ideológica y psicológica existente entre quienes habían sufrido el exilio y quienes permanecieron en España tras la guerra. Porque tal era la condición necesaria que permitiría reintegrar definitivamente a los exiliados en la cultura del propio país, la condición para que dejasen de ser considerados como una especie de alteridad, como algo que algunos contemplaban con recelo, otros desde la compasión, otros buscando heroísmos. En definitiva, se trataba de que los exiliados pudiesen participar con total normalidad y de pleno derecho en la ya suficientemente compleja vida pública española.

Pero, para crear las condiciones de posibilidad de un diálogo entre las partes enfrentadas, resultaba imprescindible no anclarse en el pasado, aceptando, críticamente, los cambios del presente. Asimismo, había que pensar la figura del exiliado que retornaba en sus justos términos: ni revestirlo con los ropajes del héroe sufriente, ni obligarlo a la renuncia de su propia experiencia. Durante un convenio sobre la emigración republicana celebrado en la Universidad Wesleyana en 1969, Ayala recordó cuál era el hecho diferencial de su propio caso: ser un viejo escritor nuevo. Viejo por la edad que ya tenía, pero nuevo porque era un perfecto desconocido para el gran público a causa de la ocultación a la que la dictadura lo había sometido.²² Sobre esto debía trabajar con cautela, sobre el encuentro entre pasado y presente, sobre la memoria traumática del siglo XX, sobre su condición y función de mente crítica del proceso democrático. Así no sorprende que, durante la Transición, Ayala se dedicase con énfasis y tesón a la redacción de sus memorias, en una especie de constructivo diálogo con la democracia.

El retorno de la memoria

Diversos estudios han analizado el papel de la literatura autobiográfica durante la Transición. En efecto, dicha literatura adquirió una relevancia singular para los intelectuales que habían vivido la experiencia del exilio y el regreso ulterior a la patria, especialmente, para aquellos que, de forma laxa, podemos incluir en la generación del 27. Fueron numerosos los exiliados que escribieron sus memorias o publicaron su propio diario, como María Zambrano, Rosa Chacel, Rafael Alberti, Juan Gil Albert e Jorge Semprún. Simultáneamente, otras personalidades destacadas del campo cultural de los setenta y ochenta se dedicaron a la reconstrucción de su vida durante la dictadura. Piénsese, por ejemplo, en Carlos Barral, Juan Goytisolo o Gonzalo Torrente Ballester.²³

Más en general, desde el punto de vista de la sociología de la cultura, la narración histórica y memorialista en sus diversas manifestaciones recibió la mejor de las acogidas por parte de los lectores españoles, quienes, la verdad sea dicha, formaban un grupo reducido. El dato en sí, como ha recordado Santos Juliá, viene a señalar la inconsistencia de esa tesis tantas veces repetida de la existencia durante la Transición de un pacto del olvido en la esfera cultural.²⁴ Lo cierto es que entre 1975 y 1982 se publicaron más de 170 novelas que afrontaron los temas de la Guerra Civil y el exilio. Dicho lo cual, es importante que comprendamos la forma en la que se desarrolló y fue acogida entre los españoles la memoria traumática de la Guerra Civil y el posterior exilio. Las causas del auge de la narrativa que trató de reconstruir una determinada época del pasado con el recurso de la ficción, o con la recreación de la vida de personajes ilustres, fueron diversas. En primer lugar, hay que valorar el hecho de que en la sociedad española, tras cuarenta años de dictadura, prevalecía el deseo de asomarse y conocer el pasado desde una perspectiva diferente de la lectura beligerante mantenida durante décadas

por las instituciones franquistas. Por otra parte, la desaparición paulatina de la censura favoreció la mentada divulgación. Finalmente, la crisis del realismo social comprometido, dominante en las letras durante los años de la dictadura, permitió la aparición de nuevos espacios para el placer de narrar en y por sí mismo.

Volviendo al caso de Ayala, sin duda su reintegración en la España posfranquista fue más fácil y rápida gracias a la amplia difusión que lograron sus memorias. Ayala les puso el título *Recuerdos y olvidos*, rúbrica que sirviera años antes para encabezar la autobiografía póstuma de Jacinto Benavente. Los *Recuerdos y olvidos* de Ayala los publicó Alianza en tres tomos: el primero, *Del paraíso al destierro*, apareció en 1982. Un año más tarde se publicó *El exilio*. La tercera parte, en fin, salió a la venta en 1988 y llevaba por título *Retornos*.

Como Sylvia Molloy ha explicado, la autobiografía, lejos de ser un género literario más o un simple método de escritura, acaba convirtiéndose en una forma especial de lectura pública de la propia identidad.²⁵ En otras palabras, el intelectual reconstruye su propio *self* y, obviamente, lo hace en un determinado momento histórico, condicionado por la propia imagen que tiene de sí mismo o de aquella que piensa que el público tiene de él. En el caso del exiliado Ayala, el momento histórico en cuestión no era sino la nueva época constituyente que se abría en España, la Transición.

Así pues, en cierto modo, las memorias y obras autobiográficas se transforman en un artefacto social y promueven indirectamente la reflexión acerca de la posición que el escritor ocupa en la sociedad. Dado que en *Recuerdos y olvidos* tanto a la guerra como al exilio se les concede un espacio central, la obra misma puede constituir un instrumento óptimo para indagar la recepción del exiliado, de su memoria durante la Transición y, en concreto, el tratamiento de su particular vuelta a España.

La autobiografía ofrece la posibilidad de

transformar un espacio privado en un espacio público. Ayala, además, quiere mostrarle a la sociedad de la nueva España democrática el trabajo de reforma cultural y europeización realizado por la generación el 27 durante la Segunda República. De hecho, el sujeto de las memorias de Ayala no solo es individual sino también colectivo. El *auto* de la *biografía* hace referencia, de alguna forma, no solo a un *yo*, sino también a un *nosotros*. Ahora bien, la diferencia de Ayala con el resto de exiliados se pone de relieve en el hecho de que, en vez de subrayar la experiencia traumática y la quiebra íntima del exilio, prefiere transmitir entusiasmo, reconstruyendo las claves sociales del desarrollo cultural del período republicano, aunque sin soslayar la reflexión sobre el fracaso de tal proyecto cultural. Ayala da los nombres de los protagonistas de aquellos años, reconstruye a través de rápidas pinceladas las actitudes humanas, vicios y virtudes, evitando caer en una banal celebración por la celebración. En una especie de acto cívico, pero también político, Ayala intenta de esta manera divulgar el espíritu ilustrado y reformista de aquella época, sin mitificarlo ni instrumentalizarlo, apenas humanizándolo en beneficio único y exclusivo de la nueva España surgida tras la Transición.

Otro rasgo fundamental –varias veces enfatizado por el propio Ayala– es el particular tratamiento que la obra pretende otorgar a la memoria del pasado. En la edición de 1988, Ayala escribe: «Ya, por mí he sido de aquellos que borran –y bien sé que en mi propio daño– los contornos de su figura social, quizá para sentirme en perpetua disponibilidad de espíritu frente al futuro, para evitar en lo posible la fatal fosilización del ser».²⁶ Por consiguiente, el material de la obra es el formado por los recuerdos, sí, pero también el que aportan, a su extraña manera, los olvidos, sean más o menos conscientes. Pues para Ayala también lo que no se recuerda, lo que se decide no recordar, forma parte del proceso de recuperación del pasado y del aprendizaje de la memoria. En su opinión, más importante que la mera apropiación del pasado es el dotarse de

un temple optimista, si bien exento de ilusiones, a la hora de encarar el futuro. Contrariamente a Jorge Semprún, la actitud de Ayala una vez regresado no estuvo dominada por el deseo doloroso de hacer cuentas con el pasado. Ayala simplemente evoca y sugiere, describe disposiciones morales, dibuja posturas humanas, detalla reflexiones sobre el rol de la suerte y el azar, elementos que, junto con la voluntad y el designio, acaban configurando así la vida de las personas como la historia de los pueblos.

La memoria del trauma bélico, sin embargo, está siempre latente en Ayala, como la muerte o repentinos cambios vitales, casuales y rápidos, a veces cínicos y un tanto desoladores, de algunas de las personas que habían enriquecido de alguna forma su vida y su pensamiento. El exilio, en cambio, lo vive como una experiencia íntima, nunca política. Por lo demás, con el paso del tiempo la propia descripción de la guerra va adquiriendo contornos menos claros, se transforma en algo cada vez más confuso, incomprendible, ideológicamente complejo, un escenario borroso en el que las posiciones adoptadas por los españoles presentan un carácter mudable en forma extrema.

No hay lugar en las memorias para nostalgias ni quejumbrosos sentimentalismos, pero sí para demostrar un gran amor por la tierra natal, así como una inmensa curiosidad por el resto del mundo. La ironía suaviza y ennoblece todas las situaciones, incluso las más trágicas. Vida y muerte representan las dos caras de la misma moneda. Solo en el instante de dejar España para iniciar un exilio que será larguísimo, la rabia impotente y la indignación moral se adueñan del estado de ánimo de Ayala. Probablemente se trata de las únicas manifestaciones de emoción personal que se pueden extraer de las memorias del escritor. A partir de aquí, el relato está dominado por la voluntad de integración en los países de acogida.

En cualquier caso, lo que a nosotros más nos interesa en este punto es el hecho de que en

las abundantes entrevistas que aparecieron en los medios de la época²⁷ nunca se le dejó de recordar a Ayala la siguiente circunstancia: estaba redactando sus memorias precisamente en medio de la vorágine, por así decir, constituyente, esto es, mientras se creaban en tiempo real las nuevas instituciones y se consolidaba el régimen democrático. Esto era lo que la prensa le recordaba a Ayala con bastante frecuencia, como si aquel fuese el mayor punto de interés para el público español, que seguía sin conocer demasiado la personalidad de Ayala ni sus dotes literarias.

Cada vez que se producía la vuelta de un exiliado –sin que en principio importase demasiado su posición política o intelectual– se generaba una curiosidad transversal en la agenda mediática de la época. Esa fue, probablemente, una de las razones por las cuales el libro se vendió tan bien. El propio escritor se hizo eco de esta circunstancia en una carta a su amiga y antigua colaboradora Brunhilda Molinary: «el primer tomo, titulado *Recuerdos y olvidos*, ha tenido tanto éxito que el editor me apura para que le entregue el siguiente».²⁸

Ya en el *Jardín de las delicias*, publicado por vez primera en 1971, donde se entreveran realidad y ficción, podemos distinguir prematuramente ciertos rasgos que luego aparecerán en *Recuerdos y Olvidos*. Poco después de su regreso definitivo a España, en 1977, Ayala confirmaba en «Arriba cultural» que estaba componiendo sus memorias;²⁹ dos años más tarde, insistía: «trabajo, aunque yo no sé si esto merecerá la pena decirlo, en unas Memorias que aparecerán seguramente después de mi muerte. Pero se trata de algo que voy haciendo sin excesiva prisa (...) porque desde mis años las cosas se ven quizá con una distancia beneficiosa y relajante».³⁰

A diferencia de lo que les pasaba a la mayoría de los exiliados, recordar no fue nunca para Ayala fuente de un dolor imposible de curar. El dolor estaba ahí, por supuesto, pero se convertía en sarcasmo, en ironía, en una mirada agu-

da y actual sobre el presente. Por lo demás, el retorno del exiliado Ayala tuvo su recompensa, aunque llegase con retraso. El reconocimiento a la figura del escritor se produjo desde antes incluso de que echase a andar la Transición. El 25 de noviembre de 1975, pocos días después de la muerte de Franco, las Cortes españolas ratificaron la reincorporación de Ayala —y lo hicieron a pesar de que por entonces el escritor tenía pasaporte estadounidense: el español no lo recibió hasta 1990— a su puesto de letrado de las Cortes, para que pudiese recibir la pensión. La rehabilitación se produjo gracias a la intercesión de José María Escudero, que también había sido letrado de las Cortes además de director de Cinematografía y Teatro entre 1962 y 1968, y del colega de promoción Gaspar Bayón Chacón. En el informe sobre Ayala se decía acerca de su época de exilio: «No consta que haya tenido actividades políticas durante dicho tiempo».³¹ Ese mismo mes de noviembre de 1975, tan importante para la reciente historia de España, el profesor Mariano Baquero Goyanes, en nombre de Ediciones Anaya, le pedía permiso a Ayala para publicar en un manual de bachillerato del curso siguiente el relato *El hechizado*.³² Ayala, así pues, se integró desde el alborar mismo de la Transición en el acervo de los clásicos de la literatura española contemporánea.

Otro dato importante para comprender el regreso de Ayala, al que ya nos hemos referido, es su reiterada presencia en la prensa de la época. A las abundantes entrevistas concedidas se le unieron las numerosas reseñas de *Recuerdos y Olvidos* en los principales periódicos y revistas, según un proceso que se dilató hasta los años noventa. Repasemos brevemente el impacto de entrevistas y reseñas en los medios de aquellos años.

Jubilado ya de su puesto de profesor en el Brooklyn College de la City University de Nueva York, la actividad pública de Ayala parecía distribuirse en dos frentes: el de las apariciones en prensa, televisión³³ o radio,³⁴ por un lado, y el de los cursos y seminarios académicos, a los que el

escritor asistió durante toda la Transición, por el otro. Las entrevistas se produjeron principalmente en la prensa que desempeñó un papel central en el proceso de socialización democrática. *El País* o *Diario 16*, pero también *Informaciones*, *El Imparcial*, *Arriba*, *ABC*, *Ya*, *Triunfo*, y el periódico del PSOE, *El Socialista*, ofrecieron a los españoles una estructura temática similar, cuando no idéntica, independientemente de la orientación política e ideológica de la cabecera en cuestión. Entre 1977 y 1979 fueron numerosos los artículos que hacían mención a la figura de Ayala con expresiones donde la idea y la palabra misma de «recuperación» se utilizaban con profusión: «Francisco Ayala, al término de la cuarentena»,³⁵ «Francisco Ayala o la recuperación de toda una época»,³⁶ «Actualidad de Francisco Ayala».³⁷ También se prodigaron declaraciones como esta: «Hoy, por fin, parece que su recuperación se hace transparencia evidente».³⁸ En este punto, cabe señalar un detalle importante: en casi todos los artículos, las imágenes y fotos que los acompañaban mostraban a un Ayala ya anciano, marcado por el paso del tiempo y las vicisitudes de la vida, siendo raras las ocasiones en las que se ofrecían fotos del escritor de la época de la Segunda República o en el exilio sudamericano. Sin embargo, en una demostración de la voluntad de reintegrar a Ayala en la vida pública posfranquista, todos los artículos brindaban una detallada biografía del intelectual, con abundantes detalles humanos, en particular del período republicano, una etapa vista todavía desde una perspectiva un tanto simplista y de la que, en cualquier caso, se exaltaba su vida cultural omitiendo las complejidades políticas. Algunos periodistas, en congruencia con ese superficial deseo reparador, llegaron a preguntarle si esperaba alguna forma de reintegración en el mundo académico español. La respuesta de Ayala a esta pregunta fue siempre la misma: ya era demasiado tarde, tal vez diez años antes —cuando se produjeron algunos débiles intentos— hubiera sido útil al proceso de apertura y democratización de España.

A grandes rasgos, es posible discriminar tres núcleos argumentativos que se ofrecieron a la reflexión del público en las entrevistas a Ayala: la memoria de la Guerra Civil, la visión del escritor republicano sobre el exilio y la Transición, y la idea de pertenencia nacional en estrecha relación con una visión cosmopolita del exilio.

La publicación, en 1978, tras una larguísima censura, de *La Cabeza del Cordero*, colección de relatos sobre la guerra, divulgó entre el gran público la interpretación que hacía el escritor granadino del conflicto. Como hemos dicho, Ayala no trataba de defender los comportamientos del bando republicano ni legitimar las diferentes terminaciones de su enrevesado sustrato ideológico, sino mostrar el mal connatural a la guerra, y especialmente de la guerra que se adjetivaba civil, como acicate de los peores instintos del hombre. El recuerdo del pasado, en cambio, debía ser para Ayala actualizado. Por este motivo se anticipó al lanzamiento de sus memorias durante la Transición, como confesó en *Triunfo*, a través de la publicación en *Informaciones* de breves retratos de personalidades políticas e intelectuales de la época republicana: «Estoy intentando en esas semblanzas revivificar las figuras evocadas (...) restituir a cada uno a su momento vivo del pasado». ³⁹ En cierto sentido, el mensaje de Ayala era el de dar espesor al pasado en función del presente, recrear el espíritu vital de aquellos años para reforzar la voluntad democrática de la Transición, sin caer en la tentación de celebraciones estériles o partidistas. El suyo fue un ejercicio de limpieza intelectual y distancia emocional para demostrar en términos orteguianos que la república de los años treinta era ya un Estado moderno y, sobre todo, europeo, y que, en consecuencia, no hacía falta crear *ex novo* una mitología retórica para el presente: España no era un país especial ni diferente a los de su entorno. Otro argumento recurrente fue la desatada especulación sobre el exilio, exaltación que el escritor detestaba profundamente en tanto en cuanto nivelaba acriticamente a todos los exiliados. Más de una vez, Ayala insis-

tió en que «los que abandonamos España no fuimos más exiliados que los que quedaron». ⁴⁰ Además, en sus propias memorias enfatizó la circunstancia de que en los países de acogida del continente americano muchos exiliados pudieron vivir en condiciones económicas y anímicas decididamente mejores que las que había en la gris España de los cuarenta, o las que tuvieron que sufrir algunos compañeros en Francia. Ayala dio un paso más en su razonamiento, estableciendo una relación indirecta entre el apego al espíritu cultural nacional y el exilio. Al granadino afirmó en repetidas ocasiones que no creía «que los hombres sean lechugas o cebollas para que tengan raíces», ⁴¹ revelando su escepticismo para con toda adhesión a un supuesto espíritu nacional. A finales del siglo XX la cultura occidental se había convertido en global y apuntaba a la unificación. Por consiguiente, discurría Ayala, la propia noción de exilio tenía que ser desvalorizada con objeto de no crear nuevas y nocivas categorizaciones o separaciones ideológicas artificiales, no reales, como el constructo mismo de Nación. Finalmente, mostrando su sincero propósito de reintegrarse en la vida española, más de una vez durante estas entrevistas hizo Ayala referencias explícitas al proceso político en curso. El escritor, sin embargo, se distanció de los exiliados críticos y desilusionados ante la modalidad reformista de la democratización española. Para Ayala, la Transición, cuyos gérmenes veía en el fenómeno de homogeneización socioeconómica de los sesenta, se apoyaba sobre bases sólidas. Además, la experiencia personal le permitía afirmar desde lo alto de su radical independencia que la clase dirigente de la época, tanto la que gobernaba como la que estaba en la oposición, poseía las cualidades precisas para conducir el proceso a buen puerto: el consenso, en su opinión, era un fenómeno positivo, racional y normalizador para el país. ⁴² Había llegado el momento de que los españoles se dedicasen, para bien y para mal, a los rutinarios problemas que afectaban al resto de sociedades occidentales democráticas.

Del conjunto de entrevistas emerge una constatación: la capacidad de adaptación de Ayala era un hecho tangible cuyo positivo significado la prensa no dejó en ningún momento de subrayar. Algo de lo que también se hizo eco la crítica en las numerosas reseñas que se publicaron con la excusa del lanzamiento escalonado de sus memorias. De las reseñas es posible discriminar algunos rasgos relevantes que los comentaristas evidenciaron de forma recurrente y que, además, nos dan una idea de las tendencias y movimientos culturales privilegiados en la primera década de consolidación democrática.

Críticos y censores destacaron, en primer lugar, el hecho de que las memorias de Ayala no hablaban tanto de él mismo como del mundo que lo rodeaba. Su propia persona se convertía en el pretexto para describir la evolución de una realidad. Había también reseñas que insistían en que la memoria de Ayala era «benévola» y «suscitadora de la sonrisa». La dulzura del escritor predomina en la descripción de los personajes atrapados por sus vicios humanos, pues nunca hace Ayala hincapié en presuntos vicios políticos. El dolor personal de Ayala se confunde con el inmenso dolor colectivo: la muerte del padre y del hermano, por ejemplo, no reciben un tratamiento especial, sino que se narran de la misma manera y al mismo nivel que el resto de muertes de la guerra. No tienen mayor peso ni más valor. Se diría que Ayala ofrece su vida como un espacio para el vínculo y la compasión compartida ante las consecuencias de una barbarie que afecta a todos por igual. No se trata de juzgar credos políticos, sino de evitar que se repita la catástrofe.

De las memorias de Ayala emergía otro importante aspecto enfatizado por la prensa de la Transición, y que, además, fue interpretado casi como una lección para el presente: su rápido proceso de madurez. Ayala demostraba ser una persona madura y cabal desde mucho antes de regresar a España, circunstancia que le daba todavía más valor a su figura. Sus recuerdos no

conducían hasta la albertiana «arboleda perdida», la selva perdida, el tesoro mítico de la infancia del que parecían dolerse tantos otros exiliados, sino a la «realidad conquistada», al «tiempo recobrado», por decirlo a la manera de Proust, a pesar de las grandes diferencias entre ambos escritores.

Otra clave de lectura con importantes consecuencias es la que se suscita de los distintos significados o naturalezas del tiempo en los recuerdos del granadino. Las memorias de Ayala trazan una línea que va desde el «orden», el tiempo propio del «paraíso» de la infancia, pero también en cierta medida el imperante todavía en la Segunda República, hasta el «desorden», que es como queda caracterizado el tiempo del exilio y los regresos. Pues la segunda parte de las memorias se hace más caótica, con mayores recovecos, y donde la plenitud infantil deja paso a crecientes intersticios y zonas de silencio que reflejan la propia biografía. Ésta, con el tiempo, se vuelve más compleja y desestructurada. Tal vez aquí se oculta el sentido profundo del retorno de Ayala que subyace entre los pliegues del silencio y de un olvido traumático, justamente como la propia historia de España. Es Miguel García Posada, crítico literario y jurado en muchos premios de la época, quien nos ayuda a comprender la relevancia sociopolítica de Ayala durante la Transición:

Ayala es un republicano exiliado, liberal —en su talante antidogmático y relativista—, y es escritor por encima de cualquier otra consideración profesional. (...) El ‘descreimiento’ de Ayala no es, en realidad, sino antidogmatismo. Pero este, en modo alguno, puede identificarse con la falta de principios. Los de Ayala pertenecen a la sustancia misma de su obra: supremacía irrestricta del poder civil y antifascismo activo, desde un punto de vista político, y laicismo y respeto máximo a todas las opciones personales.⁴³

Resumida la posición de Ayala que todos los comentarios y reseñas de la época dibujan en tales atributos —antidogmatismo, liberalismo, respeto laico y democrático por cualquier

posición intelectual— resulta evidente que la misma se ajustaba a los valores culturales de la Transición. Y tras el enaltecimiento mediático, el reconocimiento institucional de Ayala no se hizo esperar en los años de mayoría absoluta del PSOE. Ya en mayo de 1982 se había organizado una presentación oficial del primer tomo de memorias en la Biblioteca Nacional.⁴⁴ Un año más tarde, se le concedió el Premio Nacional de Literatura «en la modalidad de Narrativa» por la segunda parte de *Recuerdos y Olvidos*, precisamente donde se narraba el exilio. A partir de este momento, hasta bien entrados los noventa, Ayala recibió un auténtico aluvión de galardones y reconocimientos. Estos premios los podemos clasificar en dos categorías: premios gubernamentales o de identificación de la personalidad del escritor con la cultura española y andaluza, y premios de legitimación académica. Así, dentro de la primera clase, Ayala recibió en 1988 el Premio Nacional de las Letras Españolas. Ese mismo año fue el encargado de pronunciar el discurso conmemorativo del 12 de octubre en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en Madrid. Dos años más tarde, en la Biblioteca Nacional se organizó una exposición exclusivamente sobre su figura. Finalmente, en 1991, se le concedió el galardón más importante, el Premio Cervantes. Ni siquiera aquí acabaron las distinciones porque, un año después, fue designado miembro del neonato Patronato del Instituto Cervantes, institución que nacía con el objetivo de difundir la cultura española en el mundo.

Simultáneamente, en el transcurso del articulado proceso de creación y arraigo de las comunidades autónomas, la figura de Ayala estuvo estrechamente vinculada con su Granada natal. En 1987, el escritor leyó el pregón de las Fiestas y Feria del Corpus Christi de Granada y asistió a la procesión de la Tarasca; en 1989 recibió el Premio de las Letras Andaluzas.

La segunda categoría de reconocimientos, como hemos dicho, afectó a la rehabilitación académica de Ayala: en 1983 fue elegido miembro de la Real Academia Española de la Lengua

y se le concedieron varios doctorados ‘honoris causa’. En 1984 pronunció un discurso en el Congreso de los Diputados.⁴⁵ En 1986, en fin, la revista *Cambio 16*, uno de los símbolos del nuevo periodismo de la Transición, lo incluía entre las personalidades intelectuales más influyentes del año.

Una vez más, debemos subrayar la lectura oficial que se hace en este período de la figura del escritor y de la publicación de sus memorias, porque nos permite comprender mejor el éxito del granadino frente al resto de exiliados. En el acto de presentación del primer volumen de las memorias que tuvo lugar en la Biblioteca Nacional, Manuel García Pelayo declaró que la obra representaba «el testimonio de una España puesta en claro». Por su parte, en 1984, Javier Solana, a la sazón ministro de Cultura, ponderaba la figura de Ayala en los siguientes términos:

[...] El premio a Francisco Ayala es algo obligatorio, se lo debemos, se lo debíamos en justicia. [...] Me gustaría hacer una referencia a la personalidad civil del autor. Fijéense ustedes que Ayala volvió del exilio, que entró en su país y el nuestro como de puntillas. (...) Una constante de Ayala es el desprecio hacia la algarabía, la competitividad, la fama, el mundo de la adulación.⁴⁶

Finalmente, ya en 1988, el nuevo ministro de Cultura, Jorge Semprún, otro exiliado, al hacer la entrega de un galardón a Ayala, recordaba en un largo discurso que el auténtico intelectual era aquel que, mostrándose reiteradamente crítico con el poder, no dejaba de buscar el compromiso a través de un diálogo constante con su propia sociedad.

Así pues, es posible sintetizar algunas de las características que explican el éxito de Ayala durante la década de los ochenta: capacidad de crítica, negación del modelo de intelectual comunista rígidamente comprometido con el partido, espíritu ilustrado y flexible, defensa de la razón, voluntad de diálogo democrático con todas las instancias de la nueva España posfranquista. Además de estos rasgos, hay que señalar

que la concepción de Ayala sobre las virtudes unificadoras y humanistas de la cultura hispánica, entendida como unión espiritual de las dos orillas atlánticas, tenía cierta afinidad con el modelo cosmopolita de relaciones diplomáticas que Felipe González deseaba promover.

Retornos entre las páginas de un periódico

El retorno de Ayala tenía que ser distinto al de otros muchos exiliados desde el momento en que el escritor se convirtió, como ha señalado Carolyn Richmond, en un cronista de la Transición.⁴⁷ La función de sus memorias, por lo tanto, no puede comprenderse si no se relacionan con el deseo de intervenir en primera persona, «echar mi cuarto a espadas», que diría el intelectual, en la vida cotidiana del país en una etapa en la que todos, en su opinión, debían contribuir a la construcción de la democracia.

Como se ha escrito otras veces, la prensa durante la Transición se erigió en una especie de «Parlamento de papel», recogiendo los numerosos debates y polémicas de la época. Ayala, siempre atento a las tendencias socioculturales coetáneas, comprendió desde el primer momento la importancia de los *mass media* en el apuntalamiento de la democracia, incorporando su propia voz de liberal al coro de comentaristas de la Transición. En verdad era la suya una voz que sonaba distinta a la de los jóvenes antifranquistas formados en las instituciones del régimen, asimismo distinta a la del resto de exiliados, distinta también a la de los intelectuales que venían del marxismo, y distinta, en fin, a la de aquellos que habían militado en el falangismo.

Los artículos escritos durante estos años respondieron al objetivo principal de refutar una presunta naturaleza diferencial de España respecto al resto de países occidentales. En este sentido, podemos concluir que una de las tareas públicas a las que se dedicó con mayor empeño Ayala en la Transición fue la de impugnar, en base a su propia experiencia vital, la leyenda negra española, la misma que parecía condenar

fatalmente al país a un eterno conflicto cainita y a la anomalía política y social. El intelectual, en su opinión, tenía que despertar una conciencia crítica en los ciudadanos para que estos valorasen, en autonomía y libertad, las tendencias que afloraban en la sociedad española, condenando a quien se empeñase en contemplar el presente con los ojos velados por los fantasmas del pasado.

Como ya se defendía en *España a la fecha*, desde los primeros artículos escritos para *El País*, en 1976, Ayala sostuvo que la transición política a la democracia era ya más que factible, en tanto en cuanto que en el interior de España se podían rastrear actitudes sociales comparables a las del resto de democracias occidentales. Posteriormente, de hecho, Ayala insistió en la idea de que el decenio entre los años de 1975 y 1985 representaba «el proceso acelerado por el cual los españoles están asumiendo al fin (...) la realidad de su posición en el mundo (...) y así desprendiéndose (...) de las falsas ilusiones en que durante largo tiempo habían estado, y de las que habían vivido una vida fantasmal».⁴⁸ Para el intelectual granadino, los cambios verdaderamente importantes surgían exclusivamente dentro de la esfera social, por lo que los Gobiernos tenían un poder más bien reducido para provocarlos. Utilizando una metáfora, la Transición era como un «fruto maduro» que se estaba desgajando del árbol. Lo que más impresionó a Ayala, cuando el proceso político apenas estaba en sus inicios, fue constatar el hecho de que la realidad sociocultural, en cambio, ya iba muy por delante. En efecto, los jóvenes españoles, educados en las instituciones franquistas, manifestaban actitudes sociales y hábitos culturales muy similares a los del resto de la juventud occidental.⁴⁹

Así, también a España habían llegado los ecos del *american way of life* y se había difundido ese fenómeno, común al resto de países occidentales tras la Segunda Guerra Mundial, de profunda desvalorización de los credos políticos, los cuales, sólo unos años antes, como modernas religiones, habían dirigido la vida de los hombres.

Pero ahora las personas giraban hacia una concepción de la vida fundada sobre el bienestar y el consumo.

Se estaban abandonando las viejas ideas marchitas, como era para Ayala el propio marxismo, al que el intelectual achacaba, entre otras cosas, una tara pragmática, demostrada empíricamente por la historia, a la hora de crear instituciones capaces de materializar el ideario propio. En este contexto histórico, la Transición, no determinada por las utopías teóricas sino por la actitud vital de los españoles, constituía un proceso fundado sobre «las peripecias del desperezamiento».⁵⁰ En consecuencia, Ayala por fuerza tenía que condenar, desde la tribuna que le ofrecían los periódicos, el fenómeno de desilusión o desencanto que se difundía en el pensamiento de la mayoría de intelectuales españoles de la época.⁵¹

En 1970, seguían siendo muchos los intelectuales que creían todavía en una ruptura política y social revolucionaria. Tras la muerte de Franco, esos mismos hombres y mujeres se vieron obligados a repensar unos acontecimientos que se encaminaban por una senda reformista en la esfera de la vida pública nacional. Entonces, cuando la cuestión teórica principal estaba relacionada, de una u otra manera, con la crisis del marxismo, no fueron pocos los pensadores, escritores, artistas y filósofos que optaron por una especie de solipsismo estético. También hubo otros que condenaron con fuerza los límites de un cambio político basado en la vía de la reforma pactada. Un tercer grupo de intelectuales más o menos próximos al PSOE propusieron una lectura renovadora del marxismo. Finalmente, estaban los numerosos exiliados que, disgustados a su vez con el cariz tomado por la Transición, continuaron dirigiendo su mirada hacia una España republicana completamente idealizada que solo existía en las páginas de los libros.

Ayala estaba en las antípodas de cualquiera de las opciones mencionadas. Entendía que su deber como intelectual era contribuir a la construcción moral de la democracia. Se mostró crí-

tico con el fenómeno del desencanto, en el que veía un episodio de inmadurez. Precisamente, según Ayala, la democracia se mide, entre otras cosas, por su capacidad para que un país perciba su imagen real, sin falsificaciones ni filtros espúreos. Y la decepción que afectaba a algunos intelectuales no era más que «el fondo de una nostalgia de la irresponsabilidad infantil con sus gratuitas ilusiones».⁵² Los españoles, para alcanzar su madurez democrática, tenían que alejarse de las ingenuidades políticas e ideológicas, provocadas por el aislamiento de la dictadura, buscando elaborar nuevas ideas, nuevos esquemas mentales para un mundo que estaba en constante mutación.

En síntesis, la actitud del intelectual para Ayala debía comportar «una disposición abierta para ajustar sus principios a la contingencia histórica».⁵³ Es por eso que las reflexiones del granadino entre los años setenta y ochenta se concentraron pragmáticamente en aquellos fenómenos que reforzaban la «contingencia histórica española», como el terrorismo de ETA, equiparado a la locura y al malestar social implícito en tantos otros grupos violentos de Europa, el nacionalismo español y la sinuosa senda de adaptación que el país tenía que recorrer para integrarse totalmente en la modernidad occidental y el racionalismo ilustrado,⁵⁴ el papel de la tecnología y los medios de comunicación en la sociedad contemporánea⁵⁵ y, en fin, la necesidad de que España evitase nuevos y perjudiciales aislamientos permaneciendo en la OTAN y en el sistema de defensa atlántico, formando parte simultáneamente del proyecto de construcción europea.⁵⁶

Los problemas eran numerosos e importantes, pero la conclusión de Ayala no podía ser más optimista:

[...] tan asentada se encuentra ya esta Constitución, tan incorporada a nuestra existencia colectiva, [...] Estamos instalados en ellas casi con la sensación de comodidad que presta una larga costumbre.⁵⁷

La democracia española para el escritor era ya una realidad, un hecho que no podía causar más que alegría. Por supuesto, se requería el máximo de los esfuerzos para conservar y desarrollar la libertad recientemente adquirida. Pero ese celo era algo compartido con el resto de democracias occidentales. En este punto es donde se manifiesta la figura del intelectual. Los intelectuales tenían que interpelar al orden democrático y establecido en cada momento no para provocar a los poderes políticos o criticarlos sin proponer alternativas, sino para despertar la conciencia crítica de los ciudadanos en el contexto de un mundo cada vez más complejo.

La distinción política entre derecha e izquierda había dejado para Ayala de tener sentido. También la crítica estéril al poder con propósitos exclusivamente ideológicos: «Lo cierto es que en la sociedad actual (...) el marco de referencias dentro del cual tenía sentido antes la famosa dicotomía política de derechas e izquierdas ha desaparecido, dejándonos perdidos en una penosa indigencia intelectual».⁵⁸

El intelectual que había tenido que abandonar el propio país pero que, al fin, volvía a estar plenamente integrado en una España democrática no podía limitarse a revivir los sinsabores sufridos ni quedarse anclado en la cantinela de que cualquier tiempo pasado fue mejor. En virtud de la experiencia acumulada, ese intelectual debía convertirse en un analista lúcido capaz de ofrecer a sus compatriotas los mejores instrumentos sociales para la comprensión del presente y, sobre todo, para asumir en condiciones los retos de un futuro incierto. Lo que a la España democrática le faltaba, en resumidas cuentas, era un nuevo acervo de ideas e instrumentos conceptuales ante el desafío de los tiempos.

Conclusiones

En mayo de 1983, Francisco Umbral, uno de los narradores más cáusticos de la Transición, describía su propia amargura ante un proce-

so de democratización cultural que no había desembocado en una nueva edad de oro para España. El periodista acusaba también al exilio intelectual, cuyos miembros, una vez regresados, no habían sabido renovarse, ni aportar a nivel ideológico un pensamiento innovador en beneficio de la democracia. Cuando Ayala le conminó a explicarse en una carta por semejante juicio aparentemente tan descarnado, Umbral le respondió así:

Amigo Ayala: (...) Ocurre que Uds., los exiliados, fueron nuestra España viva, actual, verdadera, durante los 40, frente a la España convencional que nos ofrecía el franquismo. Cuando Vds. empezaron a volver, y sobre todo, ya en la democracia, me ha sorprendido que el exilio/retorno casi en bloque (...) se mantiene como al margen de la política/vida nacional, (...) moviéndose siempre en cielos de cultura o tomando los problemas desde muy arriba (...).⁵⁹

Las palabras de Umbral, más que una crítica, eran un análisis de una determinada actitud apolítica presente en algunos de los exiliados republicanos que volvieron a España durante la Transición. Para el periodista, esta actitud lo que demostraba era su dificultad para integrarse plenamente en la nueva España. En otro tiempo habían representado a la España «viva»; ahora, en cambio, por decisión personal, se limitaban a participar en la vida pública exclusivamente a través de los suplementos literarios.

La observación de Umbral no dejaba de tener su parte de verdad. Dando un salto de treinta años, vemos que el exilio se ha convertido, al menos desde mediados de la década de los noventa, en una verdadera cuestión de Estado, en un ítem fundamental de la cultura política de la España democrática, por cierto que en un grado muy superior al representado por la experiencia del antifranquismo clandestino, demasiado asociado con la lucha del PCE. En cambio, el exilio, más vinculado a los socialistas, en virtud de su presencia internacional y su capacidad de denuncia de la dictadura franquista en el exte-

rior del país, es hoy muy celebrado en España. En este uso público que tanto consenso suscita, claramente ha prevalecido la recuperación intelectual menos problemática de la figura de los exiliados frente a las aristas políticas personales cuyo encaje sería más difícil y conflictivo.⁶⁰

El caso de Ayala es más que indicativo al respecto de esto último. Sin embargo, no se puede afirmar con semejante rotundidad, como hace Umbral, que el deseo del escritor granadino de no intervenir políticamente en la vida pública del país estuviese provocado por el trauma del exilio y la incapacidad para reintegrarse.

Mediante este largo texto, de hecho, hemos intentado demostrar como, por un lado, Ayala hizo sentir su voz a través de los medios de mayor tirada, y, al mismo tiempo, afrontó el relato de la Segunda República presentándola como un período vivo y complejo. Esto último lo hizo en los libros que componen su autobiografía, pero también en los retratos de los principales actores republicanos (como Manuel Azaña o Luis Jiménez Asúa) que publicó en la prensa.

La decisión de no usar políticamente su antigua militancia republicana, en cambio, estuvo determinada por su propia formación intelectual, casi única por su mesura en el enervado tablero de la confrontación ideológica de los años treinta, y por el deseo de no mezclar dos esferas, la política y la cultural, cada una de las cuales, en su opinión, posee una autonomía que conviene respetar.⁶¹ Por lo tanto, no se puede decir que el desinterés político del escritor granadino fuese un fin en sí mismo o fruto del trauma causado por el exilio. El repliegue de Ayala era consecuencia, en última instancia, de su propia formación institucionista y orteguiana. Por eso, su actitud adquirió un valor especial en el marco de una Transición dominada por la *realpolitik*.

En sus memorias, Ayala describe el momento en el que, después de tantos años, visita la casa donde había transcurrido su infancia en Granada. Aparentemente se trata de otro exiliado, como Semprún, por ejemplo, describiendo

en sus memorias una escena recurrente tras la vuelta a España.⁶² Sólo que la escena, en realidad, no es la misma. No lo es porque no se experimenta de la misma forma. Semprún penetra el umbral y camina por entre las habitaciones casi olvidadas de la antigua casa familiar. Ayala se para y la observa desde la acera de enfrente. No sabe quién puede tener las llaves. Y, aunque por un momento se apodera de él la «sentimental tentación» de comprar el inmueble abandonado, Ayala se repone enseguida y rechaza de un plumazo «la ilusión fútil de capturar así el pasado fugitivo».⁶³ Nunca volvió a intentar entrar.

Mirar al pasado para intentar reubicarlo sin más en el presente representa para Ayala una mera ilusión. No se puede congelar el pasado, mucho menos actualizarlo políticamente. Tras su retorno, Ayala, durante la Transición, reflexionó básicamente sobre el futuro del país, así como sobre los comportamientos y valores contemporáneos tanto de España como de las grandes potencias internacionales. La nada conveniente actitud de nuevos ricos de los españoles, las buenas perspectivas de un posible ingreso en la CEE y el final de la leyenda negra ibérica: tales fueron algunos de los temas analizados por Ayala. La utilización política del exilio y de los exiliados no le interesó en absoluto. Sin embargo, gracias a un ideario del que estaba completamente ausente el mínimo atisbo de extremismo ideológico, Ayala se convirtió paradójicamente en uno de los exiliados que, si bien con ideas heterodoxas y originales, alimentaron la cultura política de la reconciliación, el pacto y el reformismo pacificador que forjó la transición política a la democracia española.

NOTAS

¹ Así se titula uno de los capítulos de sus memorias. Véase: Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza, 2006, pp. 456-464.

² «Como cosa curiosa observé que sí los estudiantes me conocían aunque no por mi narrativa (mi obra estaba prohibida por la censura) sino porque usaban en clase una Introducción a la sociología en la que se habían reunido

- mis cursos de la Universidad de Puerto Rico». Tullio H. De Micheli, «Francisco Ayala: «La gente se agarra a cualquier cosa con tal de odiar al vecino», *ABC cultural*, 22 de octubre de 1998, p. 20.
- ³ Francisco Ayala, Damián Bayón, *Cuarenta y nueve cartas (1955-1990)*, Edición, prólogo y notas de Salvador Ariztondo, Fundación Francisco Ayala, Universidad de Granada 2013, pp. 33-39. Damián Bayón relató este viaje en el periódico «La Nación» de Buenos Aires: Damián Bayón, «Ideas con fondo de paisaje», «La Nación», 12 de febrero de 1961.
 - ⁴ Véase: Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos*, op. cit., p. 459.
 - ⁵ Santos Juliá, «Intelectuales y política. Diálogo con Francisco Ayala», «Claves de Razón práctica», n.º 26, 1992, p. 49.
 - ⁶ Cfr. de Hoyos Puente Jorge de, «Pensando en el regreso. Las organizaciones políticas del exilio republicano en México frente al ocaso del franquismo y la transición», en «Historia social», n. 74, 2012, pp. 85-101.
 - ⁷ Véase el famoso artículo: Ayala Francisco, *Para quién escribimos nosotros*, en «Cuadernos Americanos», enero-febrero 1949, México. Sobre el debate sobre la posibilidad del puente entre exilio e interior de España auspiciado por un grupo de exiliados, véase: Alicia Alted, *La voz de los vencidos: el exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005, pp. 445-456. Cfr. Olga Glondys, *El Puente en sus primeros años: la sección 'Carta de España' en sus contextos y consecuencias*, en Carolina Castillo Ferrer, Milena Rodríguez Gutiérrez (eds.), *Diez ensayos sobre Realidad revista de ideas (Buenos Aires, 1947-1949)*, Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, Granada, 2013, pp. 125-146.
 - ⁸ Glondys, Olga, *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, CSIC, 2013.
 - ⁹ ARCHIVO FUNDACIÓN FRANCISCO AYALA, Entrevista a Francisco Ayala realizada por Elena Aub en Madrid los días 22, 23, y 24 de julio de 1981. Y anexo realizado el día 27 de enero de 1982, p. 96.
 - ¹⁰ Francisco Ayala, *España y la cultura germánica. España, a la fecha*, en Francisco Ayala, *Ensayos políticos y sociológicos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007, p. 1052.
 - ¹¹ Véase la entrevista: Javier Goñi, «El nacionalismo es un instrumento de poder», *El País*, 12 de agosto de 1992, p. 10.
 - ¹² José Luis Cano, «Francisco Ayala», *Cuadernos Hispanoamericanos. Homenaje a Francisco Ayala*, n.º 329-330, 1977, p. 278.
 - ¹³ Fondos Especiales de la Biblioteca de la Universitat de Girona, Epistolari del llegat Ferrater Mora, Carta de Ayala a Ferrater Mora de Madrid (25 de junio de 1963).
 - ¹⁴ Testimonios orales para el archivo de la Fundación Francisco Ayala. Andrés Amorós, descargable: http://www.cervantestv.es/literatura_pensamiento/video_fundacion_ayala_1.htm. El testimonio se recogió en 2008.
 - ¹⁵ R. Marra López, «Entrevista a Francisco Ayala», en «Ínsula», octubre 1963.
 - ¹⁶ Miguel Fernández Braso, «Francisco Ayala, exiliado sin ira», «Pueblo», 25 de junio, 1969.
 - ¹⁷ La «salutación a Francisco Ayala» se publicó en «Pueblo Literario» el 17 de junio de 1970; además de los intelectuales señalados también firmaron Antonio Buero Vallejo, José Luis Cano, Camilo José Cela, Pedro Laín Entralgo, Rafael Lapesa, Francisco Ynduráin, Alonso Zamora Vicente.
 - ¹⁸ Helio Carpintero, «Ayala, de vuelta», «El noticiero universal», 10 de febrero de 1970.
 - ¹⁹ Edward Said, *Reflexion on exile*, en Edward Said, *Reflexion on exile and Other Essays*, Harvard University Press, Harvard, 2000, pp. 137-147.
 - ²⁰ Francisco Ayala, *Rojos*, en Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos*, op. cit., pp. 585-588.
 - ²¹ ARCHIVO FUNDACIÓN FRANCISCO AYALA, Carta de Francisco Ayala a María Josefa García Morente, Vda. De Bonelli, Madrid 17 de noviembre de 1983.
 - ²² Francisco Ayala, *Prólogo*, en Francisco Ayala, *Confrontaciones*, Seix Barral, Barcelona, 1972, p. XIV.
 - ²³ José Nicolás Romera Castillo, *Literatura autobiográfica en España: apuntes bibliográficos sobre los años ochenta*, en Francisco Ernesto Puerta Moya, José Luis Pérez Pastor (coord.), *El temblor ubicuo: panorama de escrituras autobiográficas*, Universidad de La Rioja, Logroño, 2004, pp. 17-42.
 - ²⁴ Santos Juliá (ed.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Taurus, Madrid, 2006. Véase también: Santos Juliá, *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*, Marcial Pons, Madrid, 2011.
 - ²⁵ Sylvia Molloy, *At face value: Autobiographical Writing in Spanish America*, Cambridge UP, Cambridge, 1991.
 - ²⁶ Francisco Ayala, *Prólogo*, en Francisco Ayala, *Recuerdos y Olvidos*, op. cit., p. 11.
 - ²⁷ ARCHIVO EFE, carpetas «Francisco Ayala».
 - ²⁸ AFFA, Carta de Francisco Ayala a Brunhilda Molinary, 25 de agosto de 1982 (Madrid).
 - ²⁹ Félix Población, *Desde la última vuelta del exilio*, «Arriba cultural», 30 de junio, 1977.
 - ³⁰ Francisco López Barrio, «Todo escritor se compromete», «La calle», 30 de enero, 1979.
 - ³¹ AFFA, Informe de las Cortes Españolas n. 6334, 25 de noviembre, 1975.
 - ³² AFFA, Carta de Mariano Baquero Goyanes, 19 de noviembre, 1975, Murcia.
 - ³³ Ayala participó durante los Gobiernos de UCD en los primeros meses de 1977 a los programas de televisión: *¿Quién es...?*, *A Fondo* (11 de diciembre de 1977), a *Encuentros con las Artes y las Letras* (15 de abril de 1977 y 13 de mayo de 1977) y a *Alcores. Cultural Abierto* (1 de marzo de 1982).
 - ³⁴ Véase, por ejemplo, la transmisión radio *Cultura Nostra* conducida por Javier Tusell sobre las memorias de Francisco Ayala del 24 de junio de 1982.
 - ³⁵ José Gerardo Manrique de Lara, «Francisco Ayala al término de la cuarentena», «El Libro Español», n.º 241, enero 1978, pp. 9-11.
 - ³⁶ Ubaldo de Casanova Todoli, «Francisco Ayala o la recuperación de toda una época», «El Adelanto», 14 de agosto, 1979, p. 3.
 - ³⁷ Andrés Amorós, «Actualidad de Francisco Ayala», «Arriba Cultural», 12 de octubre, 1978, p. 21.
 - ³⁸ Fidel Villar Ribot, «Francisco Ayala, en el corazón de los hombres», «Informaciones de las Artes y las Letras», 9 de noviembre, 1978, pp. 1-2.
 - ³⁹ Antonio Núñez, «Memoria y 'memorias' de Francisco Ayala, «Triunfo», n. 891, 23 de febrero, 1980, p. 44.

- ⁴⁰ V. Martínez Carrillo, «Los que abandonamos España no fuimos más exiliados que los que se quedaron», «Información», 4 de octubre, 1977, p. 7.
- ⁴¹ Ubaldo de Casanova Todoli, «Francisco Ayala o la recuperación de toda una época», «El Adelanto», 14 de agosto, 1979, p. 3.
- ⁴² José María Bernáldez, «El consenso ha sido positivo», «El Socialista», 14 de enero, 1979, p. 20.
- ⁴³ Miguel García Posada, «Recuerdos y Olvidos», «ABC Literario», 11 de junio, 1988.
- ⁴⁴ En el acto intervinieron Manuel García Pelayo, Antonio Tovar y Rafael Lapesa.
- ⁴⁵ El 13 de diciembre Ayala pronuncia la conferencia «Mi yo catedrático» en el Congreso de los Diputados.
- ⁴⁶ Entregados los premios nacionales literarios de 1983», *El País*, 27 de junio de 1984.
- ⁴⁷ Francisco Ayala, *De vuelta a casa. Obras completas VI*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2013.
- ⁴⁸ Francisco Ayala, «La ética de las responsabilidades», «El País», 28 de noviembre de 1985.
- ⁴⁹ Francisco Ayala, «El ocaso de las ideologías», «El País», 17 de noviembre de 1976.
- ⁵⁰ Francisco Ayala, «En qué mundo vivimos», «El País», 9 de diciembre, 1987.
- ⁵¹ Juan Pecourt, *Los intelectuales y la transición política*, CIS, Madrid 2008, pp. 263-273.
- ⁵² Francisco Ayala, «Autoengaño y desengaño», «El País», 16 de julio, 1981.
- ⁵³ Francisco Ayala, «Compromiso con el vacío», «El País», 13 de junio, 1985.
- ⁵⁴ Esta cuestión se convirtió en un motivo recurrente de Ayala durante la Transición. Véase, por ejemplo: Francisco Ayala, *La identidad nacional*, «El País», 16 de marzo, 1984; Francisco Ayala, *Un proyecto vital anacrónico*, «El País», 1 de agosto, 1985; Francisco Ayala, *En qué mundo vivimos*, «El País», 9 de diciembre, 1987.
- ⁵⁵ Véase, por ejemplo: Francisco Ayala, *La voraz e ineludible TV*, «El País», 7 de noviembre, 1982 o Francisco Ayala, *Democracia y televisión*, «El País», 20 de diciembre, 1984.
- ⁵⁶ Francisco Ayala, «La ética de las responsabilidades», «El País», 28 de noviembre de 1984; Francisco Ayala, «Un cuarto a espadas», «El País», 29 de enero de 1986.
- ⁵⁷ Francisco Ayala, «Constitución y Fuerzas Armadas», «El País», 14 de diciembre, 1985.
- ⁵⁸ Francisco Ayala, «A diestro y siniestro», «Saber leer», n. 87, agosto-septiembre 1995, pp. 1-2.
- ⁵⁹ AFFA, Carta de Francisco Umbral a Francisco Ayala (Madrid, 1983).
- ⁶⁰ Abdón Mateos, «El uso público del antifranquismo y del exilio después de Franco», «Alcores», 2011, n. 11, p. 21.
- ⁶¹ Cfr. Santos Juliá, *Francisco Ayala, escritor público*, en Francisco Ayala, *De vuelta a casa. Obras completas VI*, op. cit., pp. 17-44.
- ⁶² Jorge Semprún, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Fábula Tusquets, Barcelona, 2011, p. 312.
- ⁶³ Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos*, op. cit., p. 21.

Julián Gorkin
EL PROCESO
DE MOSCÚ
EN BARCELONA



Presenta del tiempo

El sacrificio de
Andrés Nin

www.docoleccion.net